



¿Nuestro régimen Constitucional está en peligro?

Nuestro pacto democrático, suscripto en 1983, se fundó en el juicio y condena a quienes habían interrumpido el imperio de nuestra constitución a partir de 1976, pero también de quienes se habían alzado en armas durante la vigencia de la misma anterior a la consumación del golpe de estado en 1976.

¿Al momento de realizar las elecciones el 30 de octubre de 1983 y luego de la asunción del nuevo gobierno, la dirigencia política, social, sindical y empresaria compartían los fundamentos sobre los cuales se debía reconstruir nuestro andamiaje



constitucional? Definitivamente NO. El camino trazado por el gobierno del presidente Raúl Alfonsín, era el de una transición de ruptura y confrontación cultural contra un pasado signado por ilegalidad, antijurídico, y la alternancia entre gobiernos civiles y militares desde 1930.

Este camino enfrentaba a la dirigencia de entonces a una profunda introspección respecto de su conducta pasada en relación a sostener hacia el futuro una lógica basada en el funcionamiento de la democracia liberal. Las expresiones dirigenciales de cada corporación veían en este derrotero, no solo la clausura de sus privilegios sino un cuestionamiento a una concepción muy arraigada en la sociedad argentina, esto es, la priorización de los intereses sectoriales, sintetizadas en la cúspide del estado, por sobre la voluntad general expresada en elecciones libres. Si hubo pacto democrático en 1983, fue porque el mismo encarnó en el común de los ciudadanos, guiados por un liderazgo excepcional. El mismo fue condicionado permanentemente por las dirigencias corporativas, no obstante, tuvieron que aceptar la emergencia o el fortalecimiento de los dirigentes que sintonizaban con los nuevos tiempos. Las corporaciones más resistentes al cambio cultural democrático fueron la Iglesia y el sindicalismo. Lograda la transición, nuestro sistema constitucional enfrentó el desafío, aún inconcluso, de darle forma a un régimen económico y social que permitiera a los ciudadanos poder desarrollarse y realizarse en libertad.

Las sucesivas crisis económicas que atravesamos desde entonces, nos han llevado a este presente cuya manifestación más cruda es la pobreza a nivel social, la atomización de la representación política, la vuelta a la cultura corporativa explícita de las expresiones sindicales y empresariales y una ciudadanía indefensa y sin una mirada común cuya consecuencia es una persistente baja en la calidad institucional. En este contexto, algunos dirigentes políticos, cual autopercebidos oráculos del pueblo, tratan de interpretar la fatiga social ensayando discursos por "derecha" o por "izquierda" que abonan salidas racionalmente imposibles pero emocionalmente efectistas. Si el pacto democrático en 1983 se fundaba en priorizar la consolidación de la democracia; hoy, la ausencia de un pacto para edificar un proyecto económico social duradero nos pone en reversa respecto de esa conquista histórica. Sin un liderazgo transformador claro aún, la sociedad argentina madura la necesidad de dar una vuelta de página a esta decadencia económica y social impropia de su potencialidad. Mientras este gobierno, a tientas y a ciegas, trata de traspasar al que viene los problemas que no ha sabido resolver y la oposición no termina de consensuar qué propuestas ofrecerá a la sociedad si le toca gobernar; cobra un profundo sentido, pese a los años transcurridos y a las actualizaciones correspondientes, el discurso de Parque Norte expresado por el presidente Raúl Alfonsín en 1985 como punto de referencia para acuerdos sustantivos en materia, económica y social.